

Guillermina Rodríguez Martillo



Barrio: Las Palmas
Cantón: Guayaquil
Provincia: Guayas
Idiomas: Castellano
Pueblo: Montubio
Edad: 62 años

Doña Guillermina es una de las más representativas parteras de la ciudad de Guayaquil, pese al entorno urbano y la moderna atención de los hospitales, aún mucha gente de la urbe quiere tener un parto natural atendido de manera personalizada y con la ayuda y experiencia de una mujer que conoce muy bien su oficio. Reconocer el momento del parto, acompañar la gestación y eventualmente acomodar a los bebés en el vientre materno es parte de su conocimiento. Muchas personas de su barrio confían en Doña Guillermina y la buscan para ser atendidas y cuidadas luego del parto.

“Yo digo que Narcisca de Jesús Martillo es mi tía.” Soy presidenta del comité del barrio Las Palmas, en la ciudad de Guayaquil. Aprendí el oficio de partera de mi abuela Carmen García, que era de Samborondón. Los abuelos me contaban que vinieron a Guayaquil cuando hubo una guerra con el Perú, y ellos vinieron huyendo, vivían en Nobol. Yo digo que Narcisca de Jesús Martillo es mi tía.

Nací en Samborondón, el 19 de enero de 1952. Mis padres eran de escasos recursos económicos, eran humildes, mi papá era pescador. Estudié en la escuela Dolores Veintimilla. Luego hice el bachillerato en el colegio María Parra Llunes, los primeros tres años, y terminé en el colegio Guayaquil. En mi memoria está el pueblo lleno de tierra, de lodo, no había luz. Apenas existía la calle central, mis papás vivían en la calle Eloy Alfaro. En esas callejuelas de tierra jugábamos a la rayuela, a la pájara pinta, el “vale”, al pan quemado, a la gallinita ciega. Mi papá nos compraba unas muñequitas de cartón, pintadas, o nos hacían muñecas de trapo. Somos 8 hermanos, mi mamá todavía vive.

Mi papá era también agricultor, él nos llevaba a trillar arroz con los pies, y nos hacía sacudir arroz. Porque esa era la ‘paña’ que ellos llamaban. Nos regalaban esas pacas “vamos a sacar arroz para después pilarlo”. Ayudábamos a pilar a mi papá. Con unos palos, uno le daba golpe al pilón.

Mi abuela era partera, ella hizo dar a luz a mis tías. Ellas me decían, “ve, yo que anduve con mi mamá no he salido

partera y tú has venido a aprender”. Yo nunca anduve con mi abuelita, debe ser la descendencia. Mi nuera, cuando yo tengo partos aquí, es la que me ayuda, parece que le gusta. Ella entra y me ayuda, sin nervios ni nada. Mis hijas no se acercan, tienen miedo. Tengo un nieto de 18 años, parece que le gustara la medicina, él también me ayuda.

Las abuelitas tomaban en cuenta a las mareas para calcular los partos. “Ya mismo que suba la marea, los dolores te van a venir”, decían. Cuando ya venía la marea creciente, decían “ya está creciendo, ya mismo das a luz”. Ya crecía la marea y los dolores, las contracciones venían más fuertes, más fuertes, y daban a luz.

“Cuando les venían los dolores les daban chocolate.” Cuando voy a atender un parto invoco a Dios, le pido a papito Dios y rezo para que el parto salga bien. Que le saque bien a esa señora. Entonces siento que él está presente en cada uno de mis actos.

Todas las mujeres quieren saber si su hijo va a ser niña o niño. Entonces, la primera pregunta que les hago es:

¿Al cuánto tiempo sentiste al niño?

Al mes.

¿El niño se te anda bastantísimo?

No, poco.

Ah, entonces es niño.

¿Por qué?

Porque si lo sintieras, a los 4, 5 meses, ya la niña comienza que te codea, que se te hace la nalguita va a ser niña. Si se mueve más tarde es niño.

El otro método es ver cuando la barriga está chatita (algo aplastada), si le cubre hasta acá, es mujer y si está alzada, puntuda, digo este va a ser varón. Y me salen así (y sin hacerles eco). Y cuando les digo que es niña y quieren niño, me dicen “por qué me dijo que era niña”, “es que yo te digo lo que yo veo, puede que te salga el varón, puede que me haya equivocado”. “No, no, sí le creo, si dice mi mami que a usted hay que creerle porque usted siempre le había dicho a ella, y a ella le salía lo que usted decía”.

Para dar a luz, antes las hacían arrodillar, o guindaban una soga y se prendían de ella mientras pujaban. Aún hay personas que se arrodillan y se cogen de la soga para dar a luz. En el pueblo había más parteras, una señora que vivía atrás del parque, Juanita Mantilla, era una viejita que atendía partos. Y una señora de apellido Poveda también atendía partos.

Yo nací de parto normal, mi abuelita le atendió a mi mamá. Cuando empezaban los dolores, hacían su comida para acelerar el parto, caldo de gallina, chocolate. Ni mi mamá ni mis tías aprendieron. Yo aprendí. Aparte de haber asimilado los conocimientos de mi abuelita, el doctor Guillermo Vera, con quien yo trabajaba, me pedía que lo acompañara a atender los partos. Le ayudaba y comencé a aprender y he atendido. Miles de niños tengo aquí en Samborombón. El doctor Guillermo Vera atendía partos en casa. Después, cuando él no estaba, me buscaban porque veían que yo andaba con él.

La mayoría de mujeres vienen a hacerse atender cuando ya están con contracciones. Si vienen sin contracciones, antes les daban una taza de chocolate bien espeso, para que los dolores les vengán más rápido. “Toma esta tacita

bien hervida de chocolate, para que te vengan los pujos”. Compraban el cacao de la misma plantación, lo tostaban y lo molían. Y tenían la bola de cacao, la raspaban, hacían el chocolate y se lo daban.

Les hacían caminar, en la caminata ya les venían los pujos. Para acelerarlos, también se procedía a poner, en un bracerito, carbón, alhucema, comino, la mujer se ponía de pie sobre ese humo para que le vinieran las contracciones, tenía que pasar dos veces pero siempre en cruz. A los niños les sahumereaban la ropita con alhucema, los pañales. Cuando el niño iba a nacer ya estaban sahumereando los trapitos, todo lo que le iban a poner.

También les daban aguas de hierbabuena y ruda con un poquito de trago puro. Preparaban un litro de puro, y le ponían pimienta de olor, hierba luisa, canela, desde un mes antes de dar a luz. Eso ayudaba a que vinieran los dolores. Les decían; “hijita camina que ya mismo viene el niño”, hasta hojitas de guanábana le ponían.

Quien entraba el momento del parto era la mamá o la hermana, los esposos no entraban, tenían miedo. La mamá les daba ánimo, “a ver mijita, puja, cógete de aquí, respira”, eran ayuda para ellas.

Antes decían que una niña no podía estar en el parto porque a la mujer se le asustaban los dolores. Quien casi siempre está presente es la madre, por pedido de la propia parturienta. Cuando se ponían como histéricas que no querían pujar ni nada, yo les decía; “salga señora que me quedo sola con su hija”, pero la parturienta reaccionaba: “ya me voy a portar bien, ya voy a pujar”.

Hace unos 45 años, a los 18 comencé. El primer parto, con susto, primera vez que iba a atender, todavía la chica vive aquí, se llama Fausta Torres. En ese tiempo se viajaba en lancha, médicos no había entonces le atendí, ‘voy a hacer lo que el doctor hace’, dije. Ya estaba en labor de parto, rota el agua de fuente. Dio a luz arrodillada. Usé guantes, esterilizamos unas tijeras. La atendí en el parto. Al día siguiente le dije al doctor que el bebé de Fausta nació en mis manos.

La placenta vino a los 10 minutos, ‘abre la boca, respira’, le dije a la mujer, cuando vino el cordón, lo corté a 4 dedos de distancia, le hice un amarre con gasita o con piolitas de algodón que las mismas mamás tenían herviditas, envueltitas. Siempre las mamás decían ‘déjemelo un poquito más largo para que tenga más larguito’, para que sean aventajados si eran niños.

En ese entonces se bañaba a los niños, apenas nacían. La placenta la quemaban en una fogata, con palos, las quemaban. Tenían todo listo, los palitos, todo para quemarla. Decían que si no se quemaba los niños iban a ser inquietos, traviesos, como loquitos. Una noche que atendí un parto en un aguacero, la gente decía:

¿Dónde quemamos la placenta?

“Esperen a que amanezca.” No, tenemos que quemarla enseguida porque la señora se viene en hemorragia. Aquí hay un espacio vacío y un techito. Ellos tenían que quemarla, no la enterraban como en otros sitios.

Con respecto a qué sucede cuando no sale la placenta completa, en mi caso, nunca tuve una placenta incompleta porque tenía mucho cuidado para sacarla. La iba sacando, con cuidado, y por eso no tuve placentas que se me hayan quedado pedazos.

En otra ocasión fui con una señora que me pidió ir a ver su nuera que iba a dar a luz. Cuando voy, ya había dado a luz y era la placenta la que aún estaba adentro. Ya estaba una hora, había que llevarla a Guayaquil. Me acordé de la abuelita, pedí el verde con todo y cáscara, lo asaron y caliente apretó y salió la placenta.

“Baño de la madre, baño del niño.” Al recién nacido se le tenía preparada el agua tibia para bañarlo, a los 15 ó 20 minutos de nacido. Se le bañaba, se le secaba. Para los ombligos usaban aceite de canime,³ también le ponían sebo alrededor del ombligo. En la mollera también le ponían aceite de canime para que no le diera muermo (infección). Calentaban el aceite y, tibio le ponían con un algodón, luego se le ponía un gorrito.

Cuando los niños lloraban mucho, decían que ya está ojeado, “hay que pasarle unos montes (plantas para limpias), al niño lo han ojeado”. También se creía que existía el pujo de los niños. Cuando los tocaban madres embarazadas o mujeres con periodo, los niños se ponían pujones, pujaban toda la noche y se estrujaban, “ya me lo pusieron pujo, fulano me lo tocó, me lo tropezó”. Para curar al niño, esos rituales les hacían las abuelas: cuando a un niño lo habían puesto pujón, la mamá le ponía a la madre del bebé una batona de dormir, se lo metía por la parte de arriba del vestido y lo sacaban por abajo, tres veces.

También decían que si el niño estaba espantado, el espanto le hacía brincar, entonces lo hacían curar del espanto con montes.

En el proceso de encaderamiento se les colocaba a las mujeres una cataplasma de sebo de vaca, lo derretían y lo tenían en unos pomitos. Con ese sebo se hacía la cataplasma y se les fajaba. Se les forraba toditas, se les ponía guantes, medias, abrigo, solo la cara se les veía. Donde ellas caminaban, las mamás nunca dejaban que el aire pasara por las rendijitas tuvieran y que les diera el frío. Hasta tarde en la noche no podían quedarse cogiendo aire. A las 3, 4 de la tarde ya les ponían debajo de toldo. Para que no les coja frío, a las tres de la tarde el niño estaba en el toldo. El niño del toldo en los primeros 7 días. Lo tenían dentro para que no le diera mal de siete días. Era el tétanos del ombligo, “le va a dar el mal de siete días, les daba cólico, se ponían moraditos, nacían con las uñitas morada”. Por eso no les sacaban durante los siete días, hasta en la naricita le ponían el aceite de canime para que no les entrara el mal de 7 días. Vendían también un bálsamo de copaiba, que era una cosa bien espesa.

Cuando el niño no lloraba al nacer, se le nalgueaba. Me tocó una vez darle respiración boca a boca. Ahora ya hay esas mangueritas para succionar.

Apenas dada a luz, aseaban a la mujer con agua tibia. Se bañaba a los 40 días. Era un baño especial con aguas de montes, teatina, cabello de ángel, las mamás hervían esa agua. Luego seguían dos baños más y después ya se podían bañar con agua corriente. Se hacían hasta tres baños, cada semana uno y después el baño con agua normal. Ponían en una tina, la mujer se bañaba y después botaban esa agua. El baño debía ser en horas de sol, cuando estaba templado el día. Generalmente las mamás eran quienes hervían el agua, no se bañaban con cualquier jabón, sino con jabones prietos, una bola de jabón negro. Para tomar el baño, el agua debía estar tibia.

³ Cicatrizante para el ombligo de los recién nacidos.

El cuidado durante cuarenta días tiene que ver con el tiempo que el útero demora en recuperar su tamaño normal. Las contracciones que esto provoca son los entuertos. Para que les quitaran se hacían aguas de hierbas como la manzanilla o un floreadito de ruda se les daba para los dolores de entuerto. Parece que eran coágulos de sangre que les quedaban detenidos, tomaban esa agüita, y le echaban el puro preparado, el puro estaba preparado un mes antes con esos montes. Hasta ahora tienen su puro preparado. Más las señoras del campo, con dos, tres meses de anticipación ya lo tienen y se pone oscurito, para que les quite los dolores y quita hasta los entuertos.

“Mandábamos a comer bastante para que el niño baje.” Ahora que hay centros de salud, centros de asistencia médica, las madres van a que les atiendan. Antes no acudían a nada, nunca una vacuna ni una vitamina. Antes la vitamina era la olla, comer y comer. Mandábamos a comer bastante para que el niño baje. Si pasaban solo sentadas o dormían, el niño no entraba al canal de parto.

Cuando las madres no tenían leche, las mamás les hacían coladas de máchica, de avena. Les daban agüita de paraguay, para que les viniera la leche. Esas hojas de paraguay, las conseguían con los paisanitos (gente de la Sierra) que llegaban a vender. La leche materna es la mejor leche, los niños crecen sanos.

La dieta era especial, no debían comer nada de chanco ni maní. Les daban calditos de pollo, contados los frijolitos en esa temporada, zanahoria, coliflor, brócoli, beteteraba. No les daban papas ni col porque decían que les da infección. Calditos de gallina criolla. No había balanceados, todo era criollo. Pescuecitos rellenos, los rellenaban con pancito, picaban cebolla blanca, el hígado y la molleja lo picaban y rellenaban. Eso lo ponían en agua y le daban ese caldito con los pescuezos rellenos, era un caldo con yuca.

“El bebé atravesado.” Cuando el bebé está atravesado, yo puedo acomodarlo. Un caso claro es el de una chica vecina que iba a dar a luz con cesárea. Pero ella quería dar a luz naturalmente. Por eso vino donde mí para que le ayudara.

- No sea malita yo vengo unos días seguidito y ayúdeme a virar al niño
- A ver, a ver, te viramos al niño y si no se te vira te vas a la cesárea
- Sí, pero yo no quiero cesárea, yo le doy toda mi vida
- Vamos insistiendo, vamos a ver

Comenzamos a voltear al niño que estaba atravesado, y empezamos a darle vueltitas, vueltitas. Como a la semana, otra vez ese niño estaba atravesado. Huy, le digo, este niño ya se te enseñó ahí, ya se te va a quedar. Ayúdeme, yo no quiero cesárea, quiero normal, rogué la chica. Otra vez lo viramos. Y cuando se fue a la maternidad, dio a luz normal. Vino el mismo día que estaba con las contracciones. Le digo mira ese niño otra vez esta virado, hija, te vas a la cesárea. No, no sea malita, tóqueme la barriga, víremelo. Le viré. La misma tarde, vino el marido contento, y ella contentísima, había dado a luz normal. Para voltear al niño, uso cremas, no uso mentol porque después me hace daño mojarme las manos, iba sobando, dándole, dándole y se daba la vuelta, tocando la nalguita. Algunos sí se quedan en el sitio donde se los deja, otros vuelven a sentarse o a voltearse.

Si el niño en el sexto mes está sentado, ella le vira con las manos. Antes, desde los 7 meses ya se lo podía virar, ahora las madres jóvenes vienen con principios de aborto, y es difícil acomodarles. Antes hasta para dar a luz, a la mamá se les sacudía, se les manteaba. Antes se los viraba fácilmente.

Bastantes niños sentados me han tocado. Le toco los piecitos, voy bajando el piecito de ahí comienzo a maniobrar la cabecita hasta que sale. Cuando está de pie, la cabecita es lo difícil, se queda atorada. Pero el que tiene maniobra de cómo sacarlo, empuja, empuja, y puede arreglarlo. Viene la mandíbula, y después ya es fácil que salga lo demás. He visto mellizos, trillizos, otros de nalga, otros de pies. El de pie ellos vienen solitos bajando el pie. El de nalga, uno tiene que maniobrar bastante, porque vienen los pies alzados, se comienza a tocar, se ve la coyunturita del pie y se la baja el uno, ahí él mismo ya baja el otro.

El parto más complicado fue en una ambulancia. A esa chica yo le había atendido dos partos anteriores. Tenía un fibroma, el doctor le había dicho que el parto era peligroso, porque se podía venir el útero con todo, que no podía quedar embarazada. Un día vino a tocar la puerta, ya iba a parir. “Yo no te voy a atender el parto porque corren peligro tú o el niño”, le dije. Llamé a la ambulancia para llevarla al hospital. Ella ya estaba con las contracciones, le dije a mi nuera que busque una sábana, cuando estando por la Puntilla se le viene el niño, con útero y todo y con un desangrado terrible. Antes, tan pilas, le dije nos vamos a Guayaquil, ella no tenía plata, pusimos a cambio nuestra platita. Yo pensé que esa mujer se me moría, una hemorragia, eran sábanas tras sábanas. El doctor dijo que estaba grave. Se le salió el útero con todo el niño, enfundado. En la bajadita de ese puente por ahí se le vino ese niño, cuando veo ese útero afuera, casi se nos muere. La salvaron, le pusieron como 9 pintas de sangre y la salvamos a la señora. Y al niño. Yo me quedé con la señora y fui a buscarle al marido. Fue el único susto de mi vida.

Las personas que más me buscan son las que menos tienen. Aunque también he atendido partos de mujeres que tienen dinero. Una amiga tiene una mansión grande. Ella no quería ir a la clínica. Le dijo al marido que quería que yo le atiende. Y le pidió que me pagara como a una clínica. Cuando le atendí el parto de su último hijo, me dio un sobre. Yo te voy a dar lo que cuesta la clínica. Lo que nunca te he pagado, aquí están tus honorarios. Si yo te pago eso es porque ahora mi marido tiene sus cuatro reales. Eran como 900 dólares.

En general preguntaban “cuánto le debo señora Guillermina, 10 sucres, 15 sucres. Pero es que no tengo para pagarte todo, entonces págame 5 sucres”. Casi regalado.

Recuerdo una temporada que estuve de candidata para el municipio de Samborondón, quedé de concejala alterna. La propaganda decía: ‘parto gratuito con Guillermina Martillo’.

Me venían 5, 6 mujeres en la noche. En el día 4, 5. Le decía a mi amiga, anda a ver que tengo el parto gratuito lleno, quién me iba a devolver lo que he gastado. Hasta pañales les daba, porque a veces han venido señoras del campo que no tenían ni con qué envolver al niño. Me han tocado partos que he tenido que abrir mis sábanas, hacerlas pedazos y envolver a los niños. Sacar ropita de mis nietos, de mis hijos, que he guardado, camisetitas, gorritos, blusitas, buscarlos para vestirlos, porque ha habido personas que no traen ni para un pañal. Gracias a Dios que les he ayudado, les he dado una mano. Como 4, 5 años funcionó lo del “parto gratuito”.

Dofia Guillermina es toda una dulzura, nos contó sus saberes con una suavidad que imaginamos será la misma que muestra para atender un parto, con esa delicadeza única que tienen las mujeres parteras.